

LUGARES MALDITOS

Hay dos espacios, dos lugares, a los que uno no volvería ni atado de pies y manos, ni con la pareja de la guardia civil, ni por un millón de dinares tunecinos, por nada, absolutamente por nada. Uno de ellos es la Colegiata de Arbás, en Pajares, en el Camino del Salvador. No voy a contar aquí las razones, se me cae la pluma, y además estoy investigando cierto relato de un peregrino italiano por aquello de contrastar. El otro me cae más cerca, es el denominado "Forno da Santa". Al pie del castro de Armeá, cerca de Allaríz (Ourense).

Uno ha visitado sitios particularmente hostiles y vivaqueado en los lugares más insospechados. Incluso he debido correr como un poseído ante el mismísimo diablo de Suso, pero aquello era de igual a igual. Nada que ver con "esto".

Cercano a la impresionante iglesia de Santa Mariña de Aguas Santas, el castro de Armeá se levanta imponente, entre un mar de robles y líquenes milenarios. Un camino, que sale de Santa Mariña, lleva hasta el castro por en medio del bosque. Durante todo el recorrido, un océano de piedras talladas, agua corriendo por todas partes y una extraña opresión indica que se está donde se está: ¿y dónde de está?

Pues a mitas de Camino, entre los árboles, aparecen los muros de las ruinas de una extraña basílica medieval. En el patio, unas escaleras descienden a un cripta. Allí está el antiguo ninfeo romano (hay autores que hablan de un culto de sangre, el taurobolio, que se ejercía allí con descaro). Otros lo identifican como un inmenso dolmen. La basílica intentó cristianizar el lugar (sin éxito alguno).

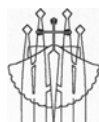
A lo que voy: en el llamado Forno da Santa, la leyenda dice que fue martirizada Santa Mariña, por haberse hecho cristiana ante la indignación del gobernador romano Olibrio. La intenta quemar pero es inútil, así que la decapitan allí mismo. Otras leyendas indican que fue quemada en el horno que existe en aquel antro.

Los autores se han peleado y se pelean intentando asignarle época y función al Forno da Santa. La generalidad lo sitúa en un origen de cultos célticos e incluso precélticos, otros hablan de ninfeo romano, pero la realidad es que todo indica, sobre todo si nos atenemos a la segunda cámara, que estamos ante la misma Pedra

Formosa o muy parecida, a la que se puede ver en el Castro de Briteiros (hoy en día se puede admirar en el museo de Guimaraens). Es una auténtica maravilla.

La Pedra Formosa del lusitano Briteiros daba paso a unos baños rituales, un lugar mágico que se encuentra en el mismo castro. Estamos, sin duda, ante un viejo culto a las aguas. Todo indica que en Armeá ocurría lo mismo, es un santuario druídico, el último santuario druídico que se puede ver tal cual en Europa, absolutamente incólume, salvando a Stonehenge y algunos santuarios irlandeses, que son otra cosa.

La Pedra Formosa del lusitano Briteiros daba paso a unos baños rituales, un lugar mágico que se encuentra en el mismo castro. Estamos, sin duda, ante un viejo culto a las aguas. Todo indica que en Armeá ocurría lo mismo, es un santuario druídico, el último santuario druídico que se puede ver tal cual en Europa...



Al tema. Uno tiene una pandilla de amigos. Se distinguen por su sabiduría e inquietud y porque su media de edad supera los setenta y cinco años. Como ninguno de ellos conduce, de vez en cuando me llaman y allá que nos vamos triscando por los montes y chimeneas de Galicia hacia los lugares más inverosímiles. Le tenemos querencia a la provincia de Ourense (esa gran desconocida). Así que ese día tocaba el campamento romano de Aquae Querquennis (cerca de Lobios), el viejo e inmenso castro de Castromao y... O Forno da Santa. Uno, que ya había intentado entrar una vez en tal paraje en una lejana caminata hacia Armeá y sabiamente había repuchado, intentó resistirse, pero mis viejos estaban firmes: había que ir a O Forno da Santa. Me arrepentí mil veces de haberles hablado del lugar.

Así que, desde la imponente Santa Mariña, donde llegamos al atardecer, comenzamos la caminata, en uno de esos maravillosos atardeceres primaverales de Galicia, donde reinan las mariposas y los enanos de las fragas salen a perseguir ninfas. Entramos en el bosque, siempre bordeando el castro y, entre un rumor ensordecedor de agua –hay manantiales por todas partes– nos fuimos aproximando al antro. Curiosamente, es el mismo recorrido que una vez al año, con el cura al frente, hace la procesión en honor a la santa. El cura, llegados al castro, bendice los campos subido a una piedra. Extraño rito.

Buenos, ya llegamos, ya vemos los viejos muros, ya mis viejos saltan la cerca, ya me acerco a las escaleras que descienden a la sima, ya iluminamos con

linternas, ya bajamos... oscuridad abisal, musgo peligroso, algarada de piedras tallas y altares ciclópeos en la enorme cámara. Poco a poco los ojos se van habituando a la oscuridad. Todo es admirable, admirable y dantesco. En medio, una enorme pila de agua. En un extremo de la sala, la Pedra Formosa da acceso a una segunda cámara, más recogida. Ya traspasamos la Pedra Formosa, ya vencemos el umbral, ya iluminamos con las linternas... frío abisal, rumor de agua, un ara inmensa. Pero... ¿qué demonios es aquello que hay sobre el ara? Pues, parece, parece... arrima la linterna Enrique... ¡por todos los...!



Pedra Formosa

Sobre el ara hay una calavera humana rodeada por nueve velas rojas. Mis viejos se santiguan, mal rollo, mal rollo. Lentamente, todos retrocedemos hacia la Pedra Formosa, giramos sobre nuestros pasos, ganamos las escaleras mohosas, trepamos por ellas con el corazón

palpitante, ganamos el sol... y en silencio, un silencio sepulcral, retornamos a Santa Mariña atravesando el antiguo bosque druídico.

En todo el viaje de vuelta no hablamos, ni hemos vuelto a hablar de Santa Mariña. Un lugar maldito, lo juro. Y al que toda mi sangre céltica se niega a volver, hay mal rollo, muy malo hermanos.

Recientemente, con unos amigos, hablamos del tema (uno ronda por aquí). Quieren ir. Yo les guiaré hasta allí. Pero no hay fuerza en el mundo que me haga bajar al ¿ninfeo? Un sexto, un séptimo y una centuria de sentidos me anuncian que ahí no se debe bajar.

José Antonio de la Riera

